

Leé los textos y luego desarrollá las consignas que te propongo a continuación:

1) El partido que no vi

1- El periodista construye un relato imaginario para hablar sobre una realidad del deporte.

a- ¿Cuál es el tema que preocupa a Carlos Abrevaya?

b- ¿Cómo nos damos cuenta, antes de llegar al final, de que el partido de fútbol que relata es imaginario?

- Los elementos que inventa el periodista expresan indirectamente cómo le gustaría que fuera la realidad del mundo del fútbol. Aplicá el mismo procedimiento y redactá una historia que transforme una realidad conflictiva de nuestra sociedad (la preservación de la naturaleza, la seguridad en las calles, la paz en el mundo)

2) A la muerte le va bien en Buenos Aires

1- El autor elige un hecho noticioso para construir su relato.

- ¿Cuál es el hecho?
- Resumí los acontecimientos principales.

2- ¿Qué elementos agrega el autor que no pueden haber sido parte de la noticia?

3- Redactá la noticia como si el hecho hubiera ocurrido hoy, para ser publicada en el diario de mañana. Eliminá todos los elementos de ficción aportados por José Pablo Feinmann.

3) Extraé de los textos diez sustantivos, diez adjetivos, diez verbos y clasifícalos semánticamente.

- 4) Analizá algunos conectores empleados en los textos. qué función cumple cada uno.
- 5) Desarrollá un texto de opinión sobre la realidad que estamos viviendo debido a este flagelo del Coronavirus.

El partido que no vi

POR CARLOS ABREVAYA

Fue un partidazo. Más aun: fue una fiesta. Fue sentir que valió la pena haber nacido para compartir con otros como yo ese momento. La primera emoción fue la tribuna: esa muchedumbre de colores vibrantes, ese espectáculo de la multitud rebasando el estadio, ese bullicio alegre de miles de amigos, socios del placer de disfrutar viendo un partido de fútbol. Fue un momento glorioso y esperable. Nos encontrábamos ahí, más que hinchas de uno u otro club, por sobre todo hinchas de fútbol, jugadores profesionales de la imaginación que supimos prendernos en un picado sin camisetas identificatorias ni instituciones ni nada más que el puro y genial placer de hacer un taquito, meter un caño o, alguna vez y para siempre, hacer un gol lujoso. Esa experiencia nos decía a miles de nosotros que, antes de ser de Boca o de River, éramos del fútbol. Y por si esto fuera poco, la pasión compartida, la picardía humana de barras juguetonas, la buena leche de gente piola "sin fines de lucro", la increíble salud de una muchedumbre de personas a las que, por suerte no se les mezclan demasiado las cosas, además fue un partidazo. En el fondo no sé si es correcto decir "además". Creo que el partido fue una consecuencia de la gente y la gente fue una consecuencia del partido.

Durante noventa minutos, los vi jugar. Jugar. Con sus habilidades, con sus maestrías, con su entusiasmo. Los vi gozando hasta transpirar, gritando "¡ooole!" con el corazón

después del amague, "¡ooole!" después del enganche para la punta, "¡tomá!" después del centro al medio del área. Los vi gritar los goles sin rabia, sin humillar al otro, por la alegría del gol que había salido, el gol como placer y como venganza de los sometidos-presionados-reivindicados de la injusticia. El resultado: 4 a 3. Ganó Boca. Pero yo recuerdo el tercer gol de River. Antológico. Lo hizo Borghi. Se hamacó.



Eludió a cuatro. El último. Hrabina. Me emocionó lo que dijo Hrabina al final: "La jugada de Borghi fue tan buena que, cuando me superó, no me animé a trabarlo. Pensé en las miles de personas que se llevarían para toda su vida el recuerdo de esa jugada genial en sus retinas y no sé... No quise, no pude enganchar el tobillo de Claudio. Si le pegaba ahí, me hubiera sentido un..." Un poco vehemente, Hrabina. Pero, bueno, peor sería que fuera medido en las declaraciones y una bestia en la cancha. Como contraste, relativo, Pas-

sarella. Lo expulsaron a los pocos minutos de empezar. Y Daniel dijo: "Me echaron bien. Me enloquecí. Sentí que la gente me exigía que me demostrara superior. Que tenía que ser perfecto, el mejor. Que alguno podía pensar que estaba viejo. Y era yo. Era yo el que me exigía y no me perdonaba nada. En fin. Que me gustaría pedirles perdón a todos los que defraudé con ese foul". ¿Qué más puedo decirles? Así da gusto ir al fútbol.

El referí también merece su elogio. Pero más que por esta vez, por todos los partidos anteriores en los que cobró y expulsó lo necesario como para que los habilidosos pudieran jugar y el juego, el talento, triunfara sobre la violencia; la alegría, sobre el miedo; el amor, sobre la patada. Importante, el juez. Importante, todo lo que muchas veces no lo fue. El resultado: un partidazo. Más aun, una fiesta. Más aun, una invitación a jugar para todos. A intentar, la gambeta y el caño y el placer. A intentar el deporte. A jugar la vida sin la muerte, sin la plancha a la altura del pecho.

Claro. Debo admitir que yo no vi este partido. Un clásico. Alguien me dirá que no fue ni podrá ser así. Pero yo no pierdo las esperanzas porque me acuerdo muy bien de que, cuando era pibe, un domingo, en un picado, a este partido —en aquel partido donde yo era imaginariamente Marzolini—, no sólo lo vi: además, lo jugué. Y fue una fiesta.

A la muerte le va bien en Buenos Aires

Días atrás un pasajero le había hecho al taxista una pregunta infrecuente. "Por qué corre tanto", le preguntó. El taxista podía ofenderse o explicar. Explicó: "Son los pasajeros los que quieren ir rápido, no yo. Un pasajero sube a un taxi para ir rápido, porque está apurado. Si no, se toma un colectivo". (Se sabe: los colectiveros y los taxistas se odian más allá de todo límite.) Y explica, el taxista, algo más: "Y si el pasajero no quiere correr, vea, yo sí. Yo necesito evacuarlo rápido para que pueda subir otro". El pasajero le pregunta de dónde tomó esa expresión, "evacuar al pasajero". El taxista sonríe. Dice: "La inventé yo".

Días después el taxista se desplaza como un vértigo por la calle Artigas, a la altura de Flores. Lleva, ahora, dos pasajeros, no uno. Bruscamente se le cierra el horizonte: hay una barrera allí, y muchos autos esperando. De modo que —ya sea porque el pasajero se lo pide o porque el taxista, según su costumbre, quiere evacuarlo— el taxista se abre hacia la izquierda para evitar la fila de automóviles. Qué demonios: él no va a esperar. En la calle esperan los giles. Es así, piensa. Sólo para los giles rigen las reglas en la calle. Para los obedientes, para los corderos, para los domingueros. ("Dominguero" es el supremo insulto que un taxista le puede propinar a un rival. "Domingueros" son los que sacan el auto sólo los domingos. Esos idiotas: padres de familia, oficinistas, gente que no sabe nada de la calle y sus verdaderas, salvajes leyes.) Se abre, entonces, hacia la izquierda y pasa a todos los que esperan, a los que hacen esa obediente fila ante la barrera, donde, ahora, el taxista ha llegado y la ve, a la barrera, cerrada y la alarma, palpitante como un corazón desesperado, es roja y estridente. Piensa: qué exageración. Piensa: evacuar al pasajero. Piensa: a mí no me puede pasar nada. Sí, sobre todo esto: a mí no me puede pasar nada. Piensa: nada.

Entonces la ve. A la locomotora. Viene desde la derecha y es, también, un vértigo. Clava los frenos. La locomotora pasa. Piensa, abruptamente piensa: me salvé. Pero no. El primer vagón lo engancha y lo arrastra con impiedad y estruendo de fierros desatinados. Lo arrastra hasta el cemento invencible del andén. Son las 18.50. Entre el andén y el tren hay treinta centímetros. El taxista alcanza a ver la ínfima abertura. Sabe, en medio de un saber enturbiado por el terror, que por ahí no pasará. Ningún Peugeot 504 pasa por un espacio de treinta centímetros.

El Peugeot se estrella contra el andén. Es un Peugeot gasolero. El taxista lo había hecho gasolero porque era más barato. Para ahorrar. Porque la calle está difícil. Porque el dinero no alcanza. Porque no hay tiempo. Porque el Peugeot explota y desde sus destrozadas entrañas brota una llamarada de diez metros. "Hay que evacuar al pasajero."

El tren se detiene. Las puertas no se abren. La gente, aterrorizada, cubre de gritos el atardecer y comienza a arrojarse por las ventanas. Hay casi dos metros y medio hasta el piso. Se tiran, igual. Después los llevan al Hospital Piñeiro. Del taxi no queda nada. O sí: una chatarra negra, quebrada en interminables laberintos de muerte. De ella, sin embargo, con macabra pulcritud, extraerán los bomberos, horas más tarde, tres cuerpos carbonizados.

Transcurre un día, dos. Los cuerpos carbonizados están en la morgue judicial. Los forenses dicen que son dos hombres y una mujer.

De mil variados modos, a la Muerte, siempre, le va bien en Buenos Aires.

JOSÉ PABLO FEINMANN

JOSÉ PABLO FEINMANN

José Pablo Feinmann es historiador y escritor. Ha publicado varias obras relacionadas con la historia y el pensamiento de nuestro país, como *Filosofía y Nación*, y es autor también de guiones de películas, por ejemplo: *Últimos días de la víctima*.

